

GFS-145-B

Larga historia de "La vida breve"
Revista "Harmonía"
(impreso)

AÑOS DE LUCHA DE MANUEL DE FALLA

A propósito del estreno de LA VIDA BREVE

=====

Un caso que pudo ser como muchos.

Se apagó la llama que aún brillaba en la envoltura terrenal de Manuel de Falla. Triste actualidad la de los renglones subsiguientes, escritos con la única intención de aportar datos a la gran biografía general que se consagre un día al inmortal compositor. Biografía muy estimable es la que Don Angel Sagardía publicó en Madrid hace un año; muy valiosa ha de ser la que en estos momentos habrá lanzado una Editorial de Buenos Aires, merced a la pluma autorizada del maestro Pahissa, visitante asiduo de Falla durante estos últimos meses en su rinconcito argentino de Altagracia. Pero hay lapsos en la vida del maestro ^{que} pueden ser cubiertos en su detalle con la colaboración de unos y otros devotos de su persona y de su obra. Uno de estos momentos pretende llenarlo la historia de LA VIDA BREVE, primera ópera de Falla, escrita sobre un poema de mi inolvidable padre Carlos Fernández Shaw.

Esta historia no es, en su arranque,

ni más ni menos interesante que la de otras muchas óperas españolas: un concurso, una composición conjunta de libro y de música, hecha con la mayor suma posible de entusiasmo, de inspiración y de elementos técnicos; un premio que es recompensa y promesa, y una lucha agotadora para procurar el estreno de la obra premiada. La diferencia entre la mayoría de los casos y éste de *La vida breve* está en la cantidad de tesón, de energía y de excepcionales dotes de compositor que Manuel de Falla llevaba dentro. Sin la asombrosa actividad, de todo orden, que el gran artista español desplegó en Francia durante el período comprendido entre 1907 y 1913, acaso *La vida breve* hubiese quedado inédita, y su autor, malgrado por un desaliento justificado.

Pero ni Falla era hombre para amilanarse en la cumbre de sus treinta años, ni su música —la ya creada y la que pugnaba en él por tomar forma—, podía avenirse a permanecer ignorada por el mundo del arte. Y en Falla, artísticamente, pueden definirse dos personalidades en relación con esta obra: el Falla de antes y el de después de *La vida breve*; o sea, Manuel de Falla antes y después de darse a conocer, como compositor en Francia. Y, en medio de las dos grandes épocas, ese quinquenio (1907-1913),



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Jodion

que es el decisivo para el artista: el de su conocimiento y su intimidad con las grandes figuras contemporáneas de la música francesa, el de la composición (o edición) de obras capitales para la fama posterior del compositor (las «Piezas españolas» y «Las noches en los jardines de España», entre otras); el del intenso esfuerzo, en fin, hasta lograr el estreno de *La vida breve* en Francia y Bélgica, cuando todavía no había podido darse a conocer en España.

Dos gaditanos. Falla, en Madrid.

Manuel de Falla nació en Cádiz en 1876. Once años antes, en la misma ciudad, había abierto los ojos a la luz Carlos Fernández Shaw. Sus familias se conocían y estimaban. Además, la que fué, andando el tiempo, esposa de Fernández Shaw, tenía lazos de parentesco con la madre —inolvidable madre— de Manuel de Falla y Matheu.

No fué, por tanto, cosa extraña, sino la más natural del mundo, que al venir Falla a Madrid para consagrar los momentos mejores de su mocedad estudiosa a perfeccionar sus conocimientos musicales —con Tragó, el piano, y con Pedrell, la composición—, acudiese a casa de Fernández Shaw y encontrase en ella la más cariñosa acogida. Quien escribe esto recuerda un concierto íntimo, familiar, dado por el gran artista en los salones de una casa de la calle de Serrano, no lejos del domicilio que, en la misma calle, tenía la familia Falla. Allí, Javier de Burgos, Jerónimo Giménez, Carlos Fernández Shaw y otros gaditanos consagrados por el aplauso público acudieron interesados, atendiendo amable invitación. Y ante ellos y otras personas de espíritu cultivado, el mozo que acababa de conquistar en brillantísimo concurso el premio de la Casa Ortiz y Cussó, ofreció una muestra palmaria de la sensibilidad de su temperamento y de su dominio de la técnica del piano. Porque ya entonces Falla era un pianista formado, de cuyo porvenir inmediato y lucido nadie dudaba.

Pero es evidente que él no se conformaba con este halagüeño panorama de concertista. Aspiraba también —¡y con cuanto motivo!—, a la conquista de un puesto como compositor, basado —decimos nosotros—, en la propia conciencia de su valer y de sus conocimientos, y en los ánimos que constantemente recibía del ilustre don Felipe Pedrell, su maestro, que jamás dudó de la carrera que esperaba al animoso músico andaluz.

El caso fué que, alternando con sus conciertos en el Ateneo, con las clases de piano, que comenzaba a dar en casas particulares, y con la composición de varias piezas en la que ya apuntaba su fuerte personalidad, orientaba Falla su trabajo hacia la creación de formas líricas de elevado concepto. En sus charlas con Fernández Shaw, autor de varios libretos conocidos de ópera, cuajó el propósito de escribir una, en colaboración, con la cual pudiera dar a conocer Falla su peculiar manera de ver la música dramática.

No fué fácil la elección de tema, pues muchos

solicitaban el interés de ambos colaboradores —y acaso fuera predilecto durante algún tiempo el de la leyenda zorrillesca *A buen juez mejor testigo*—, pero al cabo se impuso el convencimiento de que había de hacerse una obra de marcado carácter andaluz, hacia la cual Falla sentía especialmente atracción.

Poco tardaron en ponerse de acuerdo el poeta y el compositor: Granada. Personajes de carácter popular. Contrastes de gozos y penas: la multicolor alegría de las danzas y el dolor íntimo de un desengaño de amor. Y, paralelamente, como tema para una gran página sinfónica, un anochecer en Granada: contraste también entre la alegría de un sol soberano y el misterioso embrujo de una noche serena.

Así nació *La vida breve*; en un acuerdo constante y completo de libretista y compositor; en una íntima compenetración. Los que luego, andando el tiempo, han querido ver antiguallas del libro junto a modernidades indiscutibles de la partitura, ignoran que todo nació al mismo tiempo; que el poeta, como era lógico —y era su gusto—, se plegó en absoluto a las conveniencias del músico y que, en ésta, como en toda obra dramática bien conseguida, el autor del poema está siempre presente en la obra, tanto en los parlamentos o recitados de ella, como en los momentos más líricos, sentidos y resueltos por él previamente. Esto lo saben muy bien los compositores; pero no está de más puntualizarlo de cuando en cuando, rindiendo un homenaje a la justicia.

La vida breve se hallaba muy adelantada de composición cuando, a principios del mes de julio de 1904, hizo pública la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando las condiciones de un Concurso de obras musicales españolas. Y, para presentarse a él, en debidas condiciones, no tenían nuestros autores más que terminar, con todo cuidado, una previa labor bien meditada. Podían recibir ahora la recompensa a su trabajo, iniciado con todo desinterés. Y al Concurso fueron el libro y la partitura de *La vida breve*.

El Concurso de la Academia de Bellas Artes.

Se publicaron las condiciones con fecha 5 de julio de 1905, y llevaban a su pie la firma del secretario general de la docta Corporación don Enrique Serrano Fatigati.

Comenzaban por advertir que la iniciativa del Concurso, nacida en nobles entusiasmos por el «Arte Nacional», había encontrado eco simpático, aprobación y valioso apoyo en S. M. el Rey, la Real Familia y en personalidades atentas al progreso de la cultura artística española. En demostración de estas afirmaciones, hacía públicos los siguientes donativos, que constituyeran el total de la cantidad reunida para los premios del Concurso: S. M. el Rey Don Alfonso XIII había contribuido con 1.500 pesetas; S. M. la Reina Doña María Cristina, con 1.000; SS. AA. RR. los Serms. Sres. Príncipes de Asturias, 750; S. A. R. la Serma. Sra. Infanta Doña Isabel, 500; Sres. Dotesio y Compañía,

500; Excmo. Sr. Marqués de Tovar, 250 y la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1.000. Total, 5.500 pesetas.

Agrupados estos donativos, la Academia abrió un Concurso para adjudicar siete premios en metálico a los autores de: una ópera española en un acto; una composición orquestal, inspirada en cantos; tonadas o bailes españoles; una colección de cantos o bailes populares de las provincias de Valladolid, Palencia, Soria, Segovia, Avila, Salamanca y Zamora; un canto patriótico militar y tres cantos escolares (uno patriótico, otro religioso y otro de carácter moral). La recompensa económica que se ofrecía a la ópera española en un acto era de 2.500 pesetas. Y había un artículo, —el cuarto—, en que se precisaba, con relación a este tema, que «los maestros compositores se procurarán por sí mismos los libretos de sus partituras, advirtiéndose que éstos habrán de ser originales, inéditos y escritos en castellano; que para la concesión de este premio tanto ha de influir el mérito de la música como el valor del libro, prefiriéndose en igualdad de condiciones aquél que presente menos dificultades para su representación, y que la cantidad de 2.500 pesetas ofrecida, corresponderá el setenta por ciento al maestro y el treinta por ciento restante al autor del libro.

Otro artículo —el noveno— hacía constar que «la Academia habrá de procurar que las obras premiadas sean ejecutadas públicamente, con la debida brillantez, en un Teatro de Madrid. En esta primera representación, si se efectuara, la Academia quedaría exenta de satisfacer a los autores los derechos que, como tales, hubieran de corresponderles». El Concurso se cerraba, para la ópera española, el 31 de marzo de 1905. Y en otros artículos se puntualizaban condiciones relacionadas con los demás premios y con la forma de presentar los distintos trabajos a la Academia.

He copiado el artículo noveno, porque de él pudieron deducir los aspirantes a los premios que los favorecidos con ellos habrían de contar con un apoyo de carácter decisivo para el estreno de sus obras en Madrid. No lo tuvieron; por lo menos, los de la ópera premiada. Pero si examinamos desapasionadamente el asunto, reconoceremos que la Academia, en su convocatoria, no prometió más que lo que cumplió. Otorgó el premio, pagó religiosamente su importe en metálico; y en cuanto a dar a conocer la obra públicamente, no cabe duda de que lo procuraría... sin que el buen éxito coronara sus intenciones.

«La vida breve», premiada.

Desde la primavera al otoño de 1905 examinó el Jurado las obras sometidas a su juicio y deliberación. Al fin, la Sección de Música emitió su fallo; y, en la tarde del 13 de noviembre, la Academia de Bellas Artes conoció y dió su aprobación al dictamen emitido por aquélla, del que dió lectura el secretario de la sección Don Antonio Garrido. Fué una sesión presidida, ac-

cidentalmente, por el ilustre compositor don Valentín Zubiaurre, y a ella concurren, entre otros músicos académicos, los maestros Bretón, Serrano (don Emilio), Fernández Caballero y Fernández Grajal.

El dictamen propuso la concesión del premio destinado para el primer tema, a la ópera presentada con el lema «San Fernando», y la de menciones honoríficas a las que ostentaban los lemas «Gabriela» y «Eufrosina, Aglae y Tallá». Y, a título de curiosidad, agregaremos que el premio de composición orquestal se concedía a la que llevaba el lema «A mi tierra», con una mención muy especial para «Euclides y Pitágoras»; el de cantos y bailes populares a la colección presentada bajo el rótulo «Era el himno aldeano»; y los de canto escolar moral y canto escolar religioso a los lemas «Venite párvuli» y «Dios santo». Se declaraba al mismo tiempo que no había lugar a adjudicar los premios correspondientes al tema 4.º (Canto patriótico militar) y al primero de los tres temas escolares.

Aprobado, como decimos antes, por la Academia, el dictamen leído, se procedió a la apertura de pliegos correspondientes a las obras premiadas; resultando que los autores de la presentada con el lema «San Fernando», eran don Manuel de Falla de la música de la ópera y don Carlos Fernández Shaw ~~de~~ ^{del} libreto de la misma; de la composición orquestal, don Bartolomé Pérez Casas; de la colección de cantos y bailes populares, don Dámaso Ledesma Hernández; del canto escolar moral, don Joaquín Taboada Steger y del canto escolar religioso, don José María Benaiges.

Mostró la Academia su satisfacción por la labor realizada por la Sección de Música. Y hubo un pequeño debate a propósito de la posible celebración de una sesión musical en la que se pudiesen dar a conocer los trabajos premiados. En realidad, el maestro Zubiaurre no se mostró excesivamente optimista; desde el primer momento consideró que ello sería difícil. Y merced a los nobles entusiasmos del señor Garrido, convencido de que las cosas difíciles eran las que más debían seducir a los académicos, terminó la sesión bajo los más halagadores auspicios.

Pocos días después, el 20, se hicieron públicos en la docta Corporación los nombres de los autores de las óperas que merecieron menciones especiales. Eran, de una, don Rafael García Valdés y el maestro don Fausto de la ~~Vita~~ ^{Vina}; y de la otra, don Manuel Viana y don Luis Espinosa de los Monteros. El autor de la composición orquestal, mencionada también especialmente, era don Vicente Arregui. Como puede advertirse, fueron varios y muy importantes los valores musicales que en aquella ocasión merecieron los honores de la consideración oficial. Gracias al Concurso de la Academia dábanse a conocer compositores, que no tardarían en ser ilustres. Aunque no fuese más que por eso, sería justo guardar a aquellos bien intencionados académicos un recuerdo de gratitud.

El camino del Calvario.

Era claro el artículo noveno de las condiciones del Concurso: la Academia había de procurar la ejecución pública de la obra premiada «en un teatro de Madrid». ¿Qué teatro madrileño podía ofrecer garantías para una interpretación adecuada? Sin duda alguna, el Real era

el teatro que satisfacía las aspiraciones de Falla y Fernández Shaw; y aunque la temporada oficial de ópera estaba a punto de comenzar y los planes de la Empresa ultimados, ¿cómo dudar de que los autores de *La vida breve* consideraron probabilidad «no imposible» la inclusión de su obra en los programas de la temporada que hasta fin de febrero se anunciaba?

Cierto que la Empresa Arana, que desde hacía cuatro años regentaba el teatro, había tenido buen cuidado de no incluir en el pliego de su contrato condición alguna que la obligara a representar ópera española, ni antigua ni moderna; cierto que el criterio, sobre este punto, de don José Arana —según años después puntualizó en laudatorio folleto su íntimo amigo don José Bilbao—, era el de «no montar óperas cuyo resultado artístico estaba previsto por desgracia»; y cierto también que el favor del público de nuestro primer coliseo lírico se repartía entre Anselmi (la revelación para el público madrileño) y la Barrientos, Sanmarco y la Bellincioni y otros cultivadores del «bell canton»... A los autores de *La vida breve*, sin embargo, no les preocuparon todas estas realidades ciertas. Ellos sólo veían —y tenían la razón—, que habían conquistado un legítimo galardón, en lid honrosa, ofrecido por la Corporación de máxima autoridad en la materia y constituido por donativos encabezados ejemplarmente por la persona de S. M. el Rey; sólo consideraban que su obra era de facilísima representación, por constar únicamente de tres sencillos decorados y de un vestuario en el que había que pesar más el buen gusto de un figurinista que la riqueza de unas telas; y sólo pensaban en la buena interpretación que podía *La vida breve* alcanzar con la orquesta del teatro Real, dirigida por Ricardo Villa, con un excelente cuerpo de baile del que era maestra la reputada Amalia Monroc, y con una compañía en la que figuraban artistas españoles del mérito de María Barrientos, Luisa García Rubio, Francisco Viñas, Emilio Cabello y los bajos Verdaguer y Foruria, sin contar con que, en la misma temporada, cantó también, sin pena ni gloria, en las audiciones del *Moisés* de Perossi, el que luego había de ser famosísimo bajo, Mardones.

Pero pronto pudieron convencerse los ingenuos autores de que, en el Real y en aquella temporada, «nada había que hacer». El señor Arana carró su temporada 1905-1906 —que fué la última de su actuación de Empresario—, con un beneficio de cerca de 129.000 pesetas, y atribuyó éste, acaso con fundamento, a haber servido en todo instante las preferencias del público, por las obras muy «cantábiles», que se prestaban al lucimiento de los «divos».

Era forzoso, pues, uno de dos caminos: o esperar a ver quién regentaba el Real en la temporada siguiente o pensar en otro teatro de Madrid. Pero ni una ni otra solución se presentaban tampoco claras. ¡Qué dudas las de aquel invierno y aquella primavera de 1906! Recuerdo perfectamente a mi padre y a Falla —a quienes yo, con mis trece años acompañaba con frecuencia—, paseando despacio por los andenes de la Castellana y alternando, en un vano intercambio de impresiones, sus desengaños entonces prematuros y sus esperanzas, ya infundadas. Por lo común, era mi padre el que apaciguaba las indignaciones del impaciente compositor; así como luego —muy pronto—, fué aquél quien necesitó muchas veces del contrapeso de Falla para los pesimismos que comenzaron a atormentar su alma enferma. Pero el caso es que «no se veía claro» dónde podía estrenarse *La vida breve* con garantías de buen éxito y, —lo que era más triste—, no parecía que la obra despertaba demasiado interés... ni para ser oída en lecturas particulares. (Y queden las excepciones, que sin duda hubo, como comprobación, más que otra cosa, de esta apreciación mía.)

Falla, a Paris.

En estas condiciones, se produjo el 31 de mayo del año 1906 el atentado contra los Reyes, al regreso de la ceremonia de sus bodas en San Jerónimo. El hecho causó una conmoción de tal naturaleza en mi padre, que puede decirse que inició la enfermedad, especialmente nerviosa, que había de llevarle a los cinco años al sepulcro. Enfermo Carlos Fernández Shaw, fué Falla, en los comienzos de la dolencia de su amigo, un hermano menor que le aportaba, casi a diario, sus ánimos y consuelos. Falla, para ilusionarle, le hablaba del «seguro triunfo» de *La vida breve* y de las muchas satisfacciones que había de proporcionarles la obra. ¿Sabe Dios si el gran artista hablaba con sinceridad o si compartía, allá en el fondo de su alma, las inquietudes de su abrumado colaborador! Pero el bálsamo del compositor surtía sus efectos: no sólo mi padre reaccionaba, sino que más de una vez, con adivinación profética, nos decía a sus íntimos y familiares: «Yo no lo veré; pero, de toda mi obra teatral, la que adquirirá renombre universal más rápidamente, será *La vida breve*. No se ha dado aún cuenta la gente de lo que es esta partitura de Manolo».

Pero «Manolo» no podía resignarse a que fueran pasando los días y no se fueran cumpliendo sus esperanzas de concertista y de compositor. Y un buen día, al comenzar el año 1907, decidió salir de España y enfrentarse «allende las fronteras», con nuevos panoramas artísti-

cos. El daría conciertos por Europa, él lograría como pianista un prestigio al que creía tener derecho, y, sobre todo, él se pondría en relación con personalidades extranjeras, ante las cuales desenvolvería la concepción moderna de su arte.

Pensado y hecho. Una excursión por Europa, como concertista, contratado por un empresario francés, fué el principio de la aventura internacional. Ya de regreso en París, encontró Falla carta de su amigo, al que se apresuró a contestar con fecha 16 de agosto. «He hecho —dice— un viaje muy agradable por Francia, Bélgica, Suiza y aun algo de Alemania. El plan de la «tournée» no fué el mismo que tenía pensado; pero, Dios mediante, se realizará para octubre. Ahora, a los pocos días de mi llegada de Madrid, fuí contratado para tocar, con o sin orquesta, según los casos, *L'enfant prodigue*, de Wormser, pantomina con acompañamiento de gran dificultad para el piano. El papel principal lo ha hecho Madlle Sandrini, de la Ópera, que es una verdadera artista. La primera serie de la «tournée» se ha terminado con muy buen éxito y yo estoy particularmente muy satisfecho del mío. Para el 21 saldremos de nuevo y comenzaremos la segunda serie de representaciones. Para después, tengo muchos planes, siendo uno de los principales el de la «tournée» clásica para octubre. A Madrid no pienso volver hasta fin de año, si es que antes no ocurre algo que me obligue a marchar para allá.»

¿Posibilidad de viaje a Madrid? Falla no la descartaba. El estreno posible de la ópera en España, ¿cómo iba a ser descartado por un luchador de treinta y un años? Pero ya apuntaba en él la idea de la traducción del libro al francés. Un escritor parisiense, M. Granet, conoció a Falla a su paso por Besançon; comprendió el mérito de su música y mostró empeño en ser el traductor de *La vida breve*; pero el asunto no cuajó; ambos colaboradores comprendieron que el compromiso previo con el traductor podía perjudicar para encontrar editor y empresa adecuados en París; y a pesar de que M. Granet ofrecía ciertas garantías literarias, pues era

autor de varias comedias y operetas, hubo de ser sacrificado en aras del porvenir, aún oscuro, de la obra.

Falla marchó a su nueva excursión tras la pantomina de Wormser, mientras que en España Carlos Fernández Shaw parecía ir recobrando la salud perdida, en plena sierra de Guadarrama, y hacía planes, «que el viento se llevó», para en el próximo otoño lograr al fin, de la nueva Empresa del Real, una promesa halagadora que enviar al entrañable ausente.

II

Primeros triunfos de Falla en París

La historia de *La vida breve* está ligada al recuerdo de aquellos años (1908-1913) en que Manuel de Falla, en la plenitud de su actividad creadora, luchaba en París para dar a conocer sus producciones musicales. Son tiempos de prueba en los que alienta al gran artista, sobre todo, la seguridad en su propio esfuerzo. Falla entonces da lecciones particulares y conciertos públicos de piano, frecuenta los grandes Círculos artísticos parisienses, entabla relaciones con eminentes figuras de la Música francesa, trabaja en su labor creadora y hasta tiene tiempo para solicitar, en un par de periódicos madrileños, un puesto de «crónista musical en París», a semejanza de lo que hace Joaquín Nin en alguno de Barcelona. El no ha sido nunca literato; pero considera esta labor como una manera digna de ayudarse a ganar la vida. «Creo —escribe— que estas crónicas podrían resultar de verdadero interés artístico, puesto que París es de los centros musicales más importantes de Europa; y, en cuanto a la forma literaria, si bien es cosa nueva para mí, la consultaría fácilmente con personas de verdadera competencia».

No llega a realizarse, que nosotros sepamos, esta colaboración, que hoy nos aportaría una serie de interesantes datos sobre la estética del glorioso compositor. Y acaso no llega a cuajarse la excelente intención literaria, porque, por fortuna para la Música española, Manuel de Falla no tarda en advertir resplandores de esperanzas en su carrera profesional. Dos famosos músicos franceses saben comprender, desde el primer momento, la valía y fuerte personalidad del compositor andaluz: Pablo Dukas y Claudio Debussy.

Un buen día —a poco de su llegada a París— Falla se personó en casa de Dukas, sin tarjeta de presentación ni recomendación alguna: sencillamente, con la partitura de *La vida breve* bajo el brazo. Con vehemencia y entusiasmo habló al maestro francés de los propósitos que le habían llevado a París: trabajar y estudiar por conocer los procedimientos técnicos de la moderna escuela francesa, por ser los que encontraba aplicables a su manera de sentir en música. Dukas le recibió amablemente, aunque con las naturales reservas, y rogó a Falla que le hiciera oír algún trabajo para saber el camino que le convenía seguir. Entonces, nuestro compatriota tocó *La vida breve*. «Jamás olvidaré —me decía Falla, a los seis años de esto, ya en Madrid— la bondad y el interés con que Dukas atendió mi lectura».

Desde que el autor de *Ariana y Barba Azul* oyó este y otros trabajos del músico gaditano, desaparecieron todas sus reservas para dar paso a la más efusiva cordialidad. Tales ánimos le dieron sus palabras que Falla parecía despertar de un mal sueño. Le recomendó Dukas con insistencia, en esta y en sucesivas conversaciones, que procurase mucho no cambiar su sentimiento personal en música, y que siguiese trabajando particularmente, como entonces hacía. Le indicó con gran precisión un plan a seguir y se le ofreció para cuantas consultas quisiera hacerle.

Dukas fué quien, poco después, hizo la presentación de Falla a Albéniz —fallecido un par de años más tarde— los dos grandes artistas españoles simpatizaron desde el primer instante y se comprendieron. Albéniz, acogiendo a Falla de modo magnífico, fué un grande y leal amigo.

A Debussy no pudo conocerle entonces Manuel de Falla. Estaba aquel ausente de París, pero, no bien hubo regresado, sumó protección y su amistad a las de Dukas, guiándole como aquel en sus trabajos y recomendándole a críticos, empresarios y editores. Todo ello, sin embargo, no hubiese tenido una eficacia inmediata si no residiera entonces en París otro compatriota nuestro, cuya pérdida hemos llorado recientemente: el inolvidable pianista Ricardo Viñes, que no dudó en unir su nombre a los triunfos de Falla. El puso en relación a éste con Maurice Ravel, con Florencio Schmitt—el compositor de *Sémiramis* y de los *Salmos*— con el gran crítico ruso Calvacoressi y con otros profesionales ilustres; y él dió a conocer, en los conciertos de la «Société Nationale», las cuatro, luego famosas, piezas españolas; páginas escritas, ya en París, por Falla, que produjeron tan hondo efecto, por la novedad de su composición y por la maestría de su ejecución, que merecieron el honor, allí inusitado, de que la última fuese repetida.

Ante mí vista tengo ejemplares de *Le Monde Musical* y *Comedia ilustré*, de París y de *L'Eventail*, de Bruselas, correspondientes a marzo y abril de 1909, y no ocultan la viva emoción que causaron estas piezas, en las que «el autor utilizó miríficamente las impresiones más diversas, los ritmos más sorprendentes y los colores más fascinantes». A estas piezas siguieron los *Tres poemas de Teófilo Gautier*, para piano; más tarde, las *Siete canciones populares*, tan conocidas hoy de todos los públicos y, por último, ya en posesión de un prestigio —pero antes de abordar ante el público el Teatro— los célebres nocturnos para piano y orquestas titulados *Noches en los jardines de España*. Falla, como puede advertirse, se desenvolvía, y triunfaba, en aquel mundo inmen-

su

so, tan difícil para todo autor extranjero.

traducir mis sentimientos con la mayor sinceridad posible; y los medios musicales de que me sirvo no tienen otro fin.

El estreno en Niza.

Siguieron pasando los días. La salud de mi padre era cada vez más precaria. Y, cuando para animarle, le hablábamos de *La vida breve*, nos contestaba con la certidumbre de que no vería estrenada esta obra tan querida. Así fué, desgraciadamente, en el mes de junio de 1911 el alma de Carlos Fernández Shaw volaba a regiones de verdadera paz... y aún se dibujaba para *La Vida breve* en Francia una inquietante interrogación.

Falla sintió —me consta—, un duro golpe con la desaparición de su amigo entrañable; y se consideró entonces, en unión de Milliet, doblemente obligado a procurar el inmediato estreno de la obra. Un viaje de ambos a Bruselas para dar a conocer el libro y partitura a los Directores del teatro de la Moneda, fué muy eficaz, porque tanto los señores Kufferath y Guidé como el célebre director de orquesta alemán Lokse, que asistió a la audición, mostráronse impresionadísimos con el vigor de la música de Falla.

Otra audición, a la famosa cantante Mary Garden, llenó de satisfacción a nuestro amigo. De tal modo se hizo cargo la gran artista del ambiente y espíritu de la obra, que solicitó una segunda lectura para poder apreciar la partitura en su detalle. «Yo daría cualquier cosa porque fuese Mary Garden quien crease algún día *La vida breve*», fué el comentario de Falla. Pero el deseo no fué vaticinio.

La audición definitiva, la que encauzó decisivamente el asunto, no se hizo esperar. El Director del Casino Municipal de Niza, M. de Farconnet, organizador de una gran temporada de ópera, quería establecer una digna competencia con el Gran Casino de Monte Carlo, y se hallaba dispuesto a echar la casa por la ventana en la campaña de 1912-13. Para dar calidad a sus programas decidió representar obras de la importancia del *Pelleas y Melisanda*, de Debussy, *Ariana y Barba Azul*, de Dukas, y *Don Juan*, de Mozart. Y, entre ellas, incluyó el estreno de *La vida breve*, cuya lectura había producido en él gran efecto. Sucedió esto en diciembre de 1912. ¡Júzguese de la emoción de Falla al considerar ya inmediata la realización de un sueño durante tanto tiempo acariciado! El estreno fué fijado, en principio, para el próximo febrero; una de las primeras Casas Editoriales de París —la de Max Eschig—, se encargó de la edición, que comenzó a grabarse en seguida; y los ensayos no tardaron en comenzar, recayendo la parte de «Salud», la protagonista, en la deliciosa Lilian Granville, que poseía una de las más bellas voces de soprano de Francia. El papel de «Paco» fué encomendado al tenor David Devries; el del «Oncle Sarvaor», al bajo Cotreuil; el de «Manuel», al barítono Raynal; la «Grand'Mère», a Mlle. Fauty, excelente contralto, y las tres vendedoras, a Mlles. Gerday, Daurelly y Bernard. ¡Con qué alegría empañada por el recuerdo del amigo eternamente ausente, daba el compositor estas noticias, desde su residencia del Hotel Kléber, de París, a la viuda de Fernández Shaw!

No fué el estreno en el previsto febrero, sino el 1.º de abril de 1913. Instalado Falla en Niza desde mediados de marzo, consagrose con todo cuidado a los ensayos, poniendo su confianza en el Director artístico M. Le Beau, en el Director de orquesta maestro Miranne y en el de escena M. Streleski. Fueron unos días de duro, pero alegre trabajo, coronado por una noche triunfal. En el teatro Municipal de Niza se había congregado una concurrencia cosmopolita, en la que no dejaba de tener lucida representación el mundo artístico parisiense, llegado en buena parte para asistir a la serie de novedades ofrecidas por M. de Farconnet. Falla fué aclamado en varias ocasiones, y el nombre de España pronunciado con admiración unánime. La versión telegráfica del compositor no dejaba lugar a dudas, aunque hoy, para un triunfo de tal calidad, nos parecería asaz sobria: «Éxito completo». La versión epistolar ya era un poco más expresiva: «El éxito ha sido superior a cuanto yo podía esperar, y aún mayor en la noche del estreno público que en la fiesta del FIGARO, con ser ya grande en este día. La interpretación...». Y aquí, llevado de su eterna modestia, Falla derivaba sus impresiones del estreno a hablar, con exaltado elogio, de Lilian Granville, a quien consideraba ya insustituible para estrenar el papel de «Salud», cuando llegase la ocasión, en el Real

Pero la prensa de Niza y de Monte Carlo, y los corresponsales de los periódicos de París, fueron más explícitos: afirmaban la aparición de un gran compositor dramático en el firmamento musical; un músico de extraordinario colorido, de acentuado vigor y de valores absolutamente modernos. Y señalaban el intermedio musical del segundo cuadro (el anochecer en Granada), las danzas del tercero y cuarto y la escena final como las páginas más sobresalientes de la partitura. Puntualizaban también el gran «ambiente» que daba a la representación la copla puesta en labios del «forgeron» (el herrero), tanto al principio como a la mitad de la obra:

*¡Malheur aux femmes qui naissent
sous une mauvaise étoile!
Malheur à qui naît enclume
au lieu de naître marteau!*

Y no agregaban, porque no lo sabían —pero lo decimos nosotros—, que ésta era, en sus últimos versos, la versión de una popularísima copla española:

«¡Malhaya la jembra pobre,
que nase con negro sino!
¡Malhaya quien nase yunque,
en vez de naser martillo!»

¡Gran triunfo, en fin, este de Niza, sobre unas sugestivas decoraciones de Lasalle, que acaso hizo una interpretación de Granada un poco personal! Al triunfo sucedieron, lógicamente, los

optimismos. En España tuvo amplio eco el éxito del compatriota, que ahora se aprestaba, con nuevos ánimos, a dar a conocer su obra al gran público de París. Milliet, su introductor en los grandes teatros franceses, se ufana de su buena vista: ¡él había descubierto a Falla! ¡Falla

comenzaba a ser un gran valor universal! *La vida breve* era la obra, casi lograda, de un compositor de excepción...

En Madrid, los hijos de Fernández Shaw llevamos a su tumba unos ramos de flores.

III

Cambio de decoración.

~~Relatados quedaron los afanes y las labores de Manuel de Falla en Francia hasta ver estrenada «La Vida breve». El triunfo de la ópera en el teatro del Casino Municipal, de Niza, fué tan redondo que impresionó vivamente a las empresas de París.~~

Cambio brusco de decoración. A los desasosiegos por conseguir el estreno, sucedieron otros de distinto carácter, que a un temperamento como el de Falla habían de perturbar también íntimamente. Falla dejaba de ser una interrogación para convertirse en una rotunda afirmación española; había en él un compositor excepcional y «Francia acababa de descubrirlo». Pero, vayamos por partes.

A los quince días del estreno en Niza, nuestro compatriota volvió a su Hotel Kleber, de París. Impresionado por la gran interpretación que del personaje de la protagonista había realizado Mlle Grenville, deseaba vivamente, por gratitud y por interés, que fuese esta deliciosa cantante quien diera vida a la infortunada «Salud» en un escenario parisense y, en su día, en el Real, de Madrid (por supuesto, en español, ya que la artista se habla a ella con mucho gusto). Además, el di-

pres-

rector del teatro de Niza, M. de Farconnet, se había conducido con tanta lealtad y había montado «La Vie Brève» con tanto acierto, que él debía tener ahora, a juicio de Falla, prioridad en la concesión del estreno en París. Con tal objeto, dió la Grenville una audición de la obra a M. Astruc, director a la sazón del teatro de los Campos Elíseos, de París. Este se entusiasmó por la música que oía... y porque sabía lo ocurrido en Niza. Convinieron todos, con la aprobación de Falla, en procurar que «La Vie Brève» se representase en aquel teatro, y marcharon la Grenville y Farconnet al balneario de Evian, de cuyo teatro era también éste director. Durante todo el verano del año 1913 para nadie ofreció dudas el estreno, en la futura temporada, de la triunfante ópera española en el feudo de M. Astruc. En realidad, no se dió ningún nuevo paso para ello; pero en el otoño se abordarían contratos, «mise en scene», etcétera...

Sin embargo... No olvidemos que, en años anteriores, había conocido la obra M. Alberto Carré, director de la Opera Cómica. Y registremos el importante dato de que, meses antes del estreno en Niza, habían firmado los autores contrato de edición con M. Max Eschig, uno de los editores más prestigiosos de París en aquella época. Lo que son en el ex-

tranjero los editores, todos lo sabemos: se convierten en los verdaderos propietarios de la obra. Nadie sin su permiso y sin sus materiales puede ensayar ni representar aquellas obras líricas que figuran en sus repertorios; y, a cambio de esto, ellos se preocupan de difundir autores y obras por todo el mundo o, al menos, por aquellas partes del mundo donde tienen fuerza sus organizaciones y, sobre todo, donde se la dan el mérito y el éxito de las óperas que administran.

Alberto Carré regentaba la Opera Cómica. Actor y autor, a un mismo tiempo, en los comienzos de su carrera, fué en su juventud director del teatro de Nancy. Poco después lo era del Gymnase, de París, donde realizó durante varios años tan inteligente labor que, en 1898, a los cuarenta y seis de su edad, fué designado para dirigir un teatro de la importancia de la Opera Cómica. Al frente de él, demostrando cultura y buen gusto, llevaba Carré tres lustros, teniendo en su haber literario algunas comedias y los libros de varias óperas; en su historia de director, muchos aciertos, especialmente con obras de Massenet, y, en su hogar familiar, una esposa, que era al propio tiempo una cantante muy prestigiosa en París: la bella Marguerite Giraud—bastante más joven que él— que desde 1901 había interpretado en la Opera Cómica las principales obras estrenadas durante aquellos quince años. Casada con el director, Marguerite Carré era una pequeña emperatriz en su teatro, no sólo por la influencia que, como esposa, pudiera ejercer en aquél, sino por las indudables cualidades de artista que poseía.

Carré, que había elogiado sin reservas la partitura de «La Vida breve» cuando la conoció, puso entonces, sin embargo, reparos a su aceptación, basándose en que Falla no era francés y en que su contrato le obligaba en ese caso a pagar el gasto del montaje de su bolsillo particular. Pero cuando se produjo el éxito de Niza no dudó en ponerse directamente en relación con Eschig, pidiéndole la obra y acordando con él cuanto se refería al estreno en su teatro. ¡Júzguese de la sorpresa de nuestro compatriota el día en que supo que el estreno de su obra ya estaba convenido en principio, sin él haberse enterado, para la Opera Cómica, de París! En el fondo,

+ la

seguramente experimentaría una satisfacción inmensa, pues no podía soñar para su partitura coliseo más adecuado; pero cuantos conozcan el modo de ser, sincerísimamente recto y sensible de nuestro amigo, no dudarán de que le acometieron nuevas perplejidades y preocupaciones, que le obsesionaron durante algún tiempo.

Todo ello se produjo en un período de tiempo de poco más de un mes. El 25 de agosto de 1913, Falla, con lógica ufanía, había escrito: «Tengo la satisfacción de participarles que el teatro de los Campos Elíseos ha recibido definitivamente «La Vida breve», incluyéndola en el repertorio de la temporada próxima, cuya lista publicó el número de «Comedia», de hoy.» Y el 22 de septiembre siguiente, inquieto y preocupado, refiere su entrevista con Eschig—que le dió cuenta de las «novedades»—y confiesa la violenta situación que se le ha creado ante Mlle. Grenville y M. de Farconnet, con quienes tan sinceras promesas le ligaban. «Eschig—añade—se marchó a Bretaña, y, a su regreso, fui a verle con Mlle Grenville para procurar encontrar una solución equitativa para todos; pero lo primero que nos dió fué que el contrato ya estaba firmado con Carré y que, dados los deseos que había demostrado Madame Carré de crear la ópera, le parecía imposible ningún arreglo en este sentido.» Acaso Carré consentiría en que «La Vie brève» se hiciese en los Campos Elíseos unos meses después que en la Opera Cómica; pero esto no resolvía, de momento, el conflicto.

La solución, sin embargo, llegó; y no fué ajena a ella la entereza con que Falla sostuvo su deber de corresponder a cuanto habían hecho por la obra la Grenville y Farconnet. Y consistió la solución en que esta deliciosa artista fué contratada por la empresa de la Opera Cómica, para estrenar... una ópera que no fuese «La Vie brève». Porque en esto Marguerite Carré era irreductible: tenía puesta su ilusión en la obra española, y el contrato firmado por su marido con Eschig le daba perfecto derecho para ello.

El estreno en París.

Cuando Falla, en una de sus muchas cartas, hablaba de esta pugna entre Astruc—el director de los Campos Elíseos—y Carré por estrenar «La Vie brève», confesaba en un párrafo: «Dice Eschig que jamás ha visto semejante lucha entre dos directores.» Y, en seguida, con esa modestia que es parte integrante de su temperamento, agregaba: «Claro es que la razón no es otra que el haber hecho ambos del asunto una cuestión de amor propio.» Callaba, en cambio, que en aquellos momentos, nada menos que el director de la Opera, Messenger, decía en su tertulia habitual que, si Astruc no se daba prisa a estrenar «La Vie brève», quien la montaría en París sería él.

Pero hemos dicho que los derechos los tenía ya Carré. Y éste se dedicó a preparar el montaje para mediados del próximo mes de noviembre, que luego había de convertirse en diciembre. Y, por culpa de los ensayos y de un firme propósito de presentar la obra lo mejor posible, aún hubo de demorarse la «première» para el 29 y, por tanto, el estreno para el 30. Días de nuevas inquietudes y esperanzas. El 20, Falla se marcha al hotel, satisfecho de la preparación: «Los ensayos siguen a maravilla.» Y un hermano de Fernández Shaw, que casualmente se halla en París en aquellos días, puntualiza lo que Falla no quiere ni dar a entender: «Los artistas, los profesores de la orquesta y los coros aplauden en los ensayos frecuentemente.»

¿Dudará alguien de que «La Vie brève» lle-

ga a su «première y a su estreno rodeada de una auténtica expectación? No es ya la obra desconocida que se va a descubrir: es una partitura triunfante en el Mediodía francés el primer momento, un sobresaliente con matrícula de honor. «Gran triunfo. Enhora-buena.» Esto telegrafía lacónicamente Falla a Madrid. Noche memorable para la música española, agregamos nosotros; compensación de una ilimitada serie de privaciones, angustias y sufrimientos; premio al talento de un extraordinario artista, que ha sido, además, un hombre de tesón, empeñado en conquistar París—el mundo—a pulso. Y París se le ha rendido, cautivo por su arte, a los cinco años de la llegada de aquel perfecto desconocido que se presentó en día en los Boulevares llevando bajo el brazo una partitura, en el cerebro una voluntad de vencer y, en el pecho, un corazón de artista.

Cantaron «La Vie brève» en aquellas dos representaciones y en las muchas, no seguidas, que las sucedieron, los artistas más eminentes que componían entonces el cuadro principal del teatro Nacional de la Opera Cómica. El reparto era éste: «Salud», Madame Marguerite Carré; «la Abuela», Mlle Brohly; «Carmela», Mlle Syril; «Vendedora primera», Madame Billa-Azema; «Vendedora segunda», Mlle. Carriere; «Vendedora tercera», Mlle. Camia; «Vendedora cuarta», Mlle. Joutel; «Paco», M. Francell; «el tío Sarvaor», M. Vieuille; «Un Cantaor», M. Vigneau; «Manuel», M. Vours; «Una voz en la fragua» y «La voz de un vendedor», M. Douval; «Una voz lejana», M. Deloger; director, M. Albert Carré; director de escena, M. Carbonne; director de orquesta, M. Franz Ruhlmann; pintor escenógrafo, M. Alexandre Bailly.

Toda la obra produjo intenso efecto, porque lo que sorprendió desde el principio fué la factura de la música; la personalidad del nuevo compositor. Y los aplausos espontáneos y reiterados en honor de Falla durante toda la representación. «¡Cuánta pena me daba—escribía él unos días más tarde—el pensar en nuestro inolvidable Carlos! ¡Lo que él hubiese gozado!»

La Prensa de París, con rara unanimidad, acogió con interés, cordialidad y convencimiento al músico español. No es posible recoger en esta síntesis obligada ni la décima parte de las alabanzas que cubrieron de laureles las sienes de Falla. «Le Temps»: «Es la verdadera España, que vive y vibra de lante de nosotros.» «René Lara», en «La Figaro»: «Es una obra de arte, prestigiosa y refinada, que evoca un paisaje luminoso y profundo de Zuloaga: lo pintoresco más sabroso unido a lo más escrupuloso de la ciencia, y, sobre todo, delicada y del gusto más puro.» «Pierre Lalo», el gran crítico musical: «Es una de las cosas más agradables que, desde hace mucho tiempo, nos ha hecho oír la Opera Cómica. La impresión de la tierra de España, el sentimiento del paisaje, del cielo, del día y de la hora rodean en todo momento a los personajes

como en una atmósfera sutil.» Camille Bellaigue, en «La Revue de Deux Mondes»: «La música de Falla tiene una rara cualidad: flúida y fina, suelta y nerviosa, es poderosa cuando así lo requiere la acción dramática; pero de una potencia alejada del estruendo y de la brutalidad. Es la vida; una vida abundante y caliente, que anima toda la obra, la lleva y la empuja de una manera continuada. Es una de esas partituras, muy raras, que merecen ser llamadas musicales.» Como estos o parecidos juicios eran los de «Le Gaulois» y «Comedia», el «Mercure de France» y la «Chronique des Arts»... Y, para no citar sino una autori-

dad por todos acatada, nos fijaremos en la del ilustre Florencio Schmith, uno de los primeros seducidos por la música de Falla, que en largo estudio aparecido en «La France», decía, entre otras cosas: «Intensidad de colorido e intensidad en la sugestión del Misterio y del temor a la Muerte; y junto a ellas también, una expresión concisa y simple del sentimiento esencial. Esto, unido a un libro de factura moderna, produce la originalidad y la belleza de la obra: su gran novedad.»

Un rasgo de compañerismo y un banquete.

He llegado en mi relato a un punto en que he dudado si abordar o no un incidente enojoso, que preocupó también por aquellos días a nuestro ilustre amigo; pero como es asunto en el cual se reveló, una vez más, la rectitud moral inflexible de este gaditano con temple de hombre norteño, y sobre todo el ejemplar concepto del compañerismo que demostró, cumplo con un deber de gratitud haciéndolo público; y hay que tener en cuenta, para comprender la importancia del rasgo, las siguientes consideraciones: que Falla era en aquellos momentos el artista que acababa de dar el paso decisivo en su carrera, en un país cuyos Centros literarios y artísticos le interesaba tener propicios; que Carlos Fernández Shaw había fallecido hacía dos años, y allá en Madrid habían quedado la viuda y los hijos, agradecidos desde luego por todo lo ya hecho al músico amigo, y dispuestos a aprobar cuanto él aconsejase o firmase; que M. Paul Milliet, el traductor de «La vida breve», era director de una gran Revista parisiense y persona, por tanto, muy influyente en la Prensa y en los Círculos de la capital francesa.

Pues, precisamente con Milliet, se enfrentó Falla por motivos de dignidad artística para defender los derechos de su compañero muerto. Y se enfrentó en nombre de la justicia y de la moral; y llegó, incluso—sin que nosotros supiéramos esto durante algún tiempo—hasta al rompimiento de sus relaciones de amistad con Milliet. A los ensayos de «La vie brève» en la Opera Cómica acudían el compositor y el traductor, y ni se hablaban ni se saludaban; y esto había

de violentar intensamente a Falla, que no olvidaba todo cuanto Milliet había hecho para favorecer en otros tiempos el estreno de la obra en París. Se trataba, en concreto, de lo siguiente: en la cubierta de la edición del libro francés se decía: «*La vie brève. Poème en deux actes et quatre tableaux de C. F. Shaw. Adaptation de Paul Milliet, Musique de Manuel de Falla.*» Esto, a primera vista, pareció un lapsus sin importancia: se suprimían el nombre y el primer apellido del autor del texto original y no se decía «adaptación francesa», que era lo convenido y lo lógico. Falla hizo la observación a Milliet, quien prometió corregir las omisiones; pero pasó el tiempo y no lo hizo; y entonces Falla se alarmó, sospechando que Millet quisiera aparecer, literaria y económicamente, en el porvenir, como algo más que un traductor, que es lo único que, en realidad, había sido. Hizo entonces Falla la oportuna reclamación a Eschig; trasladó éste la queja a Milliet... y Milliet, no sólo no se avino a modificar la redacción de la cubierta, sino que se disgustó con Falla, que obedecía únicamente a un sentimiento desinteresado de amistad y de justicia: «Si

él se ha convertido por esta causa en enemigo mío (y no saben ustedes con qué furia), yo no quiero olvidar la mucha amistad que antes de este incidente me han demostrado tanto él como su señora. No quiero seguir su ejemplo, y hasta estoy dispuesto a perdonarle el mal que quiere hacerme; pero tampoco transigiré con lo que creo de mi deber defender. Una de las razones que me han dicho que da para aparecer como co-autor de la obra, es que afirma haber hecho muchos cambios en el poema, lo cual es absolutamente *incorrecto*, pues el poema de Carlos sobre el cual solamente he creado yo mi música, existe, y está publicado tal como él lo escribió. Y es tal la importancia que doy a la unión del texto original con mi música, que consideraría ésta anulada al separarla de aquél. Milliet sólo había tenido la idea de que la ópera, que era en un acto dividido en cuatro cuadros, se representase en dos actos, con dos cuadros cada uno. Si eso le autorizaba para llamarse co-autor...

El hecho es que la tirantez de relaciones entre Falla y Milliet continuó durante los ensayos de la obra. «¡No saben ustedes qué días estoy pasando con este desgraciado asunto!», decía en un arranque de sinceridad nuestro compatriota, que ya preveía el caso de tener que acudir a la Sociedad de Autores franceses solicitando un arbitraje. Al fin, ya en la última decena de diciembre, por mediación de Eschig, se resolvió el conflicto: Milliet se conformó con redactar la cubierta y la portada de sus ediciones en la forma exigida por Falla... y, arrepentido sin duda de la actitud pasada, abrazó a su amigo y tuvo desde entonces empeño en demostrarle su cariñosa devoción. Al llegar el estreno, el día 30, reiteró sus efusivas demostraciones, y nasa escribió a la viuda de Fernández Shaw una carta, sentida y cordial, rindiendo homenaje al autor del libro de «La vida breve».

Pero hubo más. el 12 de enero de 1914 se celebró en el «Restaurant Español», de París, una comida en honor de Falla, con asistencia de destacadas personas del mundo artístico e intelectual francés y de la colonia española; y en esa comida, M. Paul Milliet tuvo empeño en hacer el ofrecimiento y pronunció las siguientes palabras en su idioma, al llegar el momento de los postres:

«Mi querido Manuel de Falla: Que estas cuartillas no le asusten. No contienen más que las palabras indispensables; pero he querido escribirlas por el temor de no decirlas bien, no siendo ni lo bastante breve ni lo bastante explícito; temor éste bien natural, dadas la alegría y la emoción que en estos instantes experimento. Mi alegría y mi emoción? ¿No soy acaso uno de los primeros que, en este París acogedor de todas las bellas formas del Arte, tuvo confianza en el talento de usted, tan profundo y tan personal? Recuerdo todavía el día en que nuestro común y gran amigo; el admirable Albéniz, le acompañó a mi casa y me pidió que fuese el padrino de su obra. Y lo que entonces me impresionó más en usted—debo confesárselo—fué su modestia; una cualidad que el triunfo no ha disminuído: esta modestia, que no es ni artificiosa ni artificial, sino como aquella de la que dijo La Bruyère: «Es al mérito lo que las sombras son a las figuras en un cuadro: les dan fuerza y realce.»

»En seguida fui captado por usted, se acuerda, querido Falla? Y en seguida me dediqué a traducir el hermoso poema de Carlos Fernández Shaw, que había inspirado su partitura, y a dar a sus cantables la adecuada expresión francesa. Desde entonces nos ha unido una esperanza común; nuestra intimidad se ha hecho cada vez mayor, y yo he descubierto en usted ese gran artista que lleva

dentro: un artista de raza—de ideas precisas, concretas—, que huye instintivamente de todo lo trivial y vulgar.

»Hoy, merced a este esclarecido Director que se llama Alberto Carré, han sido abiertas para su obra las puertas de uno de los primeros teatros líricos del mundo; y he aquí al público de la Opera Cómica aclamando su nombre. Y he aquí también cómo está recompensada mi fe ardiente en un triunfo que no cesé de pronosticar desde el primer momento.

A este triunfo quiero asociar, ante todo, por razones que usted conoce, el nombre de Carlos Fernández Shaw, el poeta de «La vida breve». Cuando yo traducía su drama, Carlos Fernández Shaw me escribió cartas que yo releía esta mañana, en las que no cesaba de expresarme su buena amistad y sus esperanzas por «La vida breve». En un rincón predilecto de mi biblioteca conservo dos volúmenes de sus poesías, cuyas dedicatorias me demuestran tanta estimación como afecto: «Poesía del mar» y «Poesía de la sierra». Los versos de Carlos Fernández Shaw poseen ese ritmo musical que parece el don supremo de los poetas españoles; en sus poesías alienta siempre un sentimiento de extrema delicadeza; es algo vivo y animado, espiritual y tierno, que gusta y que suspende, que subyuga y que emociona. ¡Hace falta que yo exprese cuánta es mi tristeza ante el hecho irremediable de que Carlos Fernández Shaw no haya podido recoger la parte que le correspondía de los bravos entusiastas que han acogido a su «Vida breve»?

»En cambio, ¡cuánta es mi alegría al ver cómo ha podido usted recibir, querido Falla, esos aplausos unánimes, dedicados a una partitura que ha revelado en usted un maestro en el arte de componer! Toda su partitura es característica, personal, fuerte y graciosa a la vez, y sobre todo de una incomparable musicalidad. En ella—repito—, la belleza es esencialmente musical; y, para transmitirnos esa belleza, se ha servido usted con rara fortuna de la forma de la melodía popular. He dicho «la forma». Porque usted no ha intercalado aquí y allá melopeas locales ya existentes. Usted ha captado el dibujo, la tonalidad, el acento, el ritmo de ellas, y ha compuesto y desarrollado temas propios que le pertenecen por entero; y, desde el doble punto de vista de la expresión y de la música pura, no hay ni un solo tema que no sea significativo—grave y profundo, ágil y fugitivo—, y que no esté exento de vulgaridad.

»Con brevedad y firmeza ha realizado usted el deseo de uno de nuestros viejos maestros, de Gréty, que repetía sin cesar: «Es preciso que la música se compenetre con el drama del cual es ornamento. Es preciso que dé vida a las situaciones, que fortifique al diálogo...» Y usted, además, ha conseguido hacernos amar, tanto como usted la ama, esa Andalucía, de la que Zorrilla ha dicho que es tierra

que, a fuerza de recibir lágrimas y sangre, es fértil como ninguna; esa tierra que fecunda las plantas más rebeldes, lo mismo que protege los hechos más sencillos; esa tierra donde el rudo labrador se transforma, con honor, en caballero; donde se respiran los perfumes embalsamados que traen los navíos de Oriente y bajo cuyo cielo azul surge ese ser ideal, esa «Salusilla» de «La vida breve»: la mujer del corazón ardiente, del pie pequeño y de las manos de nácar, que no se encuentra ya más que en las viejas leyendas árabes, convertidas en españolas.

»Brindo por Andalucía, la tierra de «Salud». Brindo a la memoria de Carlos Fernández Shaw. Y brindo por usted, querido Falla; por la sinceridad de su arte, digno de todos los entusiasmos y de la consideración con que ahora París acaba de rodearle.»

No caben mayor efusión y cordialidad por parte del Sr. Milliet. No cabe más sincera emoción al hablar de mi inolvidable padre. Y, sin embargo... Falla sonreía escuchándole. ¿Saben ustedes lo que, quince días antes, había resuelto el conflicto en favor de los derechos morales de Carlos Fernández Shaw? Pues, sencillamente, la cesión de parte de los derechos materiales de Falla en favor de Milliet y el ofrecimiento en firme del compositor español de poner música a un libro nuevo del literato francés. Al través de los años y de la distancia, yo remito desde aquí a la Argentina—residencia actual de Falla—la gratitud de una familia que jamás olvidará aquel rasgo en memoria de un amigo, realizado por un artista que supo ser modelo de ~~caballero~~ y espejo de caballeros cristianos españoles.

— compañeros

IV

El estreno en Madrid.

La natural ilusión de estrenar la obra en España no cedía en Falla, sino más bien se acentuaba, a cada paso que «La vida breve» daba en su carrera en el extranjero. En sus conversaciones con los amigos íntimos, en sus declaraciones periodísticas, en sus cartas, flotaba siempre la misma pregunta: «Pero, ¿y Madrid?» En Madrid, la Empresa del Real se mostraba propicia a incluir la obra entre sus estrenos de la próxima temporada; pero preveía la conveniencia de que fuese cantada en francés. ¡Buena cara debió de poner Falla al leer esta insinuación! «Jamás permitiré—escribió—que en Madrid se estrene «La vida breve» en otro idioma que en español. Lo demás sería vergonzoso para el mismo teatro Real, y así habrá que hacérselo ver.» Pero la Empresa de nuestro primer teatro lírico no volvió a exteriorizar deseos relacionados con la obra... En cambio, allá por el mes de mayo de 1914, la Sociedad «Jovellanos», que regentaba el coliseo madrileño de la Zarzuela, se fijó con verdadera ilusión en la ópera nacida en Francia. Don Arturo Serrano y el maestro Pablo Luna, en representación de ella, se dirigieron a Falla, el cual, en principio, «accedió con el mayor gusto», siempre que se le garantizaran orquesta y reparto convenientes. Gregorio Martínez Sierra, que pasó por París, reforzó, de modo privado, la petición de los de la Zarzuela; y éstos, en veintitantos de julio, solicitaron oficialmente la obra, prometiendo representarla en perfectas condiciones artísticas. El 31 de dicho mes

Falla no ocultaba su satisfacción: se iba a realizar, al fin, su sueño dorado. Para él lo esencial era dar a conocer la obra a sus compatriotas. Y anunciaba su próximo regreso a Madrid.

Lo que no suponía Falla cuando trazaba esas líneas era que los sucesos internacionales precipitarían su viaje. La guerra—la primera guerra europea—caminaba a grandes zancadas. Falla hablaba en esta carta de su proximidad, pero sin creer en ella: «Aquí no se ocupa nadie más que de la guerra en perspectiva. Veremos en qué para esto. Yo creo que no llegará a estallar por la razón misma de lo horrible que sería para Europa y para el mundo entero. ¡Dios dirá!»

Terrible, en efecto, fué la conflagración europea; y todos sabemos lo que han sido

sus consecuencias. Falla, que ya preparaba su vuelta a España, no vaciló en emprender el viaje; y aquí, en Madrid, le recibimos con los brazos abiertos y el corazón emocionado, en los primeros días de agosto. Semanas aquellas de inquietudes internacionales, bajo el signo de la neutralidad española. Horas también, para Falla, de preparación, con vistas al otoño, de su ópera en español.

La Empresa «Jovellanos» puso a disposición de «La vida breve» los mejores elementos de que disponía. La inolvidable Luisa Vela se encargó de dar vida en España a la infortunada chavalilla granadina; su marido, Emilio Sagi-Barba, maestro de cantantes, no tuvo inconveniente en incorporar el personaje de «Manuel», inferior a su categoría, ni en prestar el concurso de su voz para una copla lejana; el gran Paco Meana cantó la parte del «tío Sarvaor» y fué un concienzudo director de escena; el excelente tenor Rafael López—hoy maestro concertador—tuvo a su cargo la de «Paco», el amante infiel causante del drama de «Salud»; la señorita Teresa Tellaeché, buena contralto, interpretó el papel de «la Abuela»; el de «Carmela» fué cantado por Candelaria Raso; las cuatro Vendedoras, por Carmen Terán, Teresa Saavedra, Pilar Escuer y Pepita García, que poco después habían de ser «estrellas» más o menos brillantes en el cielo constelado del operetesco Reina Victoria; y Francisco Estrella cantó el pregón interno del vendedor. La voz del herrero en la fragua fué la del siempre amable Rafael López. Arturo Serrano, aquel empresario de vocación, que adivinaba siempre la obra de interés, puso a contribución su proverbial entusiasmo; Pablo Luna, ya prestigioso y querido, concertó la obra y la dirigió con autoridad, pericia y cariño; y Martínez Garí, el ya veterano escenógrafo, aportó el arte de sus pinceles efectistas al servicio de cuatro decorados.

Se estrenó la obra en la noche del 14 de noviembre. ¿Cómo fué su éxito? Contestemos con un párrafo de la extensa crónica de Eduardo Muñoz en «El Imparcial» del día siguiente: «El público escuchó con una emoción, con un respeto, con un interés grandísimos, la producción, genial a veces—como ese bellissimo acto primero—, realmente portentosa, del maestro español, y ovacionó calurosamente entusiasmado, convencido, el primoroso poema de Fernández Shaw, queja de un alma que vivió en el dolor.» Del efecto que en el inteligente crítico produjo la partitura dan idea estos otros renglones: «Tan grande es la fuerza sugestiva del ambiente en que Manuel de Falla—el mago de estos prodigios—ha envuelto la acción de «La vida breve», que es casi mayor su fuerza artística y dramática que el mismo desenvolvimiento del drama.» En «La Epoca», Javier Betegón, que se ocultaba tras el seudónimo de «Un abonado», después de registrar que el éxito había sido uno de los mayores alcanzados en nuestro género lírico, decía de la música: «Es hermosa, inspiradísima, delicada a ratos, y a ratos bravía y soberbia.» Arimón, en «El Liberal»; «Floridor», en «A B C», y los demás críticos madrileños recogieron con frases de sincera admiración el triunfo de «La vida breve» en Madrid. Y no sólo fué homenaje de la intelectualidad artística, sino el del buen público, sugestionado en cada representación. El de la fecha del estreno—consignado quedó el hecho en los periódicos—acompañó a Falla aquella noche hasta su domicilio, entre vítores y palmas.

Hasta el 7 de diciembre se representó a diario en la Zarzuela la ópera de Fernández Shaw y Falla. Aquel día, en el Café Inglés, de la calle de Sevilla—¡aquel Café en cuyos veladores se había escrito el libro de «La vida breve», como el de tantas obras de mi padre!—, se celebró un banquete con que obsequiaron al músico gaditano los elementos intelectuales y artísticos de Madrid. Falla ocupó la presidencia entre los maestros Bretón y Villa. Bretón se asoció al acto, en nombre de la Academia de Bellas Artes...

“La vida breve” en el mundo.

A partir de entonces, «La vida breve», a favor de sus propios méritos y del prestigio que adquiría, más cada vez, aquí y allá, la figura de Falla—sucesivos triunfos de «El amor brujo», «El sombrero de tres picos», «El retablo de maese Pedro», etc.—, fué dándose a conocer en todo el mundo. La compañía que la representó en Madrid la llevó a Zaragoza, con asistencia de Falla, y a muchas provincias españolas. En Barcelona triunfó luego en el Liceo; y, cuando la guerra europea terminó, conoció los aplausos de los públicos de «la Moneda» de Bruselas, del «San Carlos» de Lisboa, del «Colón» de Buenos Aires... Luego, Londres, Roma, Nueva York... Se harían estos artículos interminables.

Falla, en pleno triunfo, reconocido como una gloria mundial, tuvo su consagración en 1928, en París, cuando en el mes de marzo se representó «La vie brève», otra vez en la Opera Cómica, en unión esta vez de «El amor brujo» y «El retablo». En la sala se hallaban presentes el Presidente de la Repú-

blica y artistas españoles de la talla de María Barrientos, Zuloaga, Picasso y Ricardo Viñas. Al frente de la orquesta, el maestro Wolff; y, en la interpretación, nada menos que Ninón Vallin—«la más gloriosa artista del teatro lírico francés», según expresión del autorizado Luis Schneider—, los señores Micheletti y Vieuille y la gran bailarina española Asunción Granados, que tuvo a su cargo las danzas del segundo acto. Aquella noche compartió con Falla las clamorosas ovaciones del público la inolvidable «Argentina», atracción suprema de «El amor brujo», sobre unos decorados de Bacarisse. En «El retablo» atrajo la atención, especialmente, la impecable dicción de Mlle. Kamienska en los recitales del truchimán.

Luego... «La vida breve», incorporada a los repertorios internacionales, ha seguido su trayectoria normal. Las danzas han sido interpretadas—con exceso tal vez—por cuantas bailarinas han querido mostrar y demostrar posibilidades... Y, en España, el buen gusto y el buen arte de Lola Rodríguez de Aragón logró una versión interesante, en este invierno último, sobre el escenario madrileño del María Guerrero, bajo la dirección del maestro José María Franco, con la colaboración del tenor Ordóñez y con unos sugestivos decorados de Burgos y Viudes. Quizás a algunos espíritus, ávidos de modernidades, pareciera la obra en esta representación un poco desvaída; como anticuada. (Me refiero, naturalmente, a la factura del libro, tan celebrado en 1914.) No hemos de olvidar que «La vida breve» se compuso hace cerca de cuarenta años, para un Concurso académico; y es de suponer que algunos valores tendría su texto cuando un compositor de las cualidades de Falla halló en él posibilidades para realizar la gran obra dramática de su juventud. Pero tampoco olvidemos que no hay nada nuevo bajo el sol, que las modas y los gustos vuelven... y que no es de muy buen gusto «tirar» contra los prestigios pasados, que no cometieron más pecado que el de ser españoles; ¡¡¡mucha honra!